

á oscurecer su frente; sus ojos se hundían bajo sus negras y pobladas cejas y lanzaban siniestras miradas; aun en medio de esta reunion de amigos y parientes una estraña preocupacion le poseía. Solo salía de su preocupacion, solo se despertaba cuando la graciosa forma de Ellen Nugent se le presentaba ó cuando su dulce voz hería su oído; entonces la contemplaba apasionado, y toda su alma animaba sus miradas.

En Ellen Nugent se admiraba una de las criaturas mas encantadoras que podrian imaginarse. Sus lindos cabellos rubios, sus ojos azules llenos de melancolía, su tez suave y nacarada, su talle delgado y flexible parecian mas que á una simple mortal, pertenecer á uno de esos ángeles desterrados del cielo entre los hombres y que recuerdan de continuo su celeste patria. Se hallaba á su lado el que amaba, la dicha sonroseaba su rostro, se alejaba, entonces la ansiedad y la turbacion la conmovian, como si lejos de ella se hallase espuesto á peligros que sola su presencia pudiera conjurar.

La llegada del doctor O' Drizzle, que debía hacer un papel importante en la ceremonia de aquel día, dió la señal de la comida. El reverendo padre Mick fué encargado de bendecir la mesa. En aquel momento todas las animadas conversaciones cesaron como por encanto, todas las lenguas, dotadas poco antes de tan infatigable volubilidad, se callaron, todas aquellas fisonomías tan móviles se cubrieron de solemne gravedad, la oracion del sacerdote se hizo notar mas bien por el fervor que la inspiraba que por su duracion. Los convidados, despues de hacer la señal de la cruz, se sentaron por fin, y durante algunos instantes solo se oyó ese ruido confuso de cuchillos, tenedores y loza; los platos eran atacados con furia, y el ruido que iba siempre en aumento llegó á su apogeo bien pronto. Hubo que abrir las ventanas; los comensales de las salas vecinas empezaron á cambiar con los de la pieza principal gritos y alegres brindis. Entretanto, gaiteros colocados en varios sitios de la casa se pusieron á soplar en sus rústicos instrumentos con toda la fuerza de sus pulmones, formando la cacofonía mas discordante; para que nada faltase, una multitud de mendigos sitió todas las puertas y ventanas, cantando, gritando y peleándose de modo que llenaban dignamente cualquier pausa de los músicos.

—¡Hola! Tim Carrol, gritó Davy Nugent interpellando á un hombre que hacia funciones de mayordomo. Cuidad que Bill Fagan aleje esos vagabundos; que los arroje con un látigo; ¡glo ois! con un látigo.

—Padre mio, murmuró Ellen, esta noche no, permitid que esos infelices se queden aquí. He visto entre la multitud á Tom Buch, ya sabeis, ese vagabundo de quien se cuentan tantas cosas; temo que su vuelta no sea presagio de alguna desdicha.

En este instante Davy Nugent se sentía el mas dichoso de los mortales, y cedió á los deseos de su hija burlándose alegremente de sus terrores.

—Mistriss O'Shaughnessy, repuso en seguida volviéndose á una respetable matrona irlandesa sentada á su lado, mistriss O'Shaughnessy, dispensadme el honor de beber conmigo... Doctor O' Drizzle, me atrevería á recomendaros esa pierna de ciervo.

—Vamos, vecinos y amigos míos, no hay que dejar enfriar los platos ni calentar el vino en los vasos.

—¿Quién es ese Tom Bush de quien parece todo el mundo preocuparse? Preguntó nuestro amigo el ginete á su vecino.

Esta pregunta causó visible embarazo al que iba dirigida; sin embargo, se decidió á contestarla.

—Tom Bush era un nichesero, á quien dieron el sobrenombre de *Bush* (1) por el matorral donde se le encontró abandonado. Entregado á sí propio, él solo se había criado; su niñez y su juventud habían sido miserables como las de todos los pobres de Irlanda. Creció con la costumbre inveterada de todos los vicios, y así su conducta era brutal y turbulenta, habiéndole costado un brazo una querrela entre los harrigs y los commins. Por lo demas, era un pícaro de mucha penetracion; mejor que nadie sabía los mejores sitios de caza y pesca. Durante cierto tiempo había desaparecido del país; mas en cuanto á su causa, valía mas no hablar de ello.

Habia un asunto que todos tenían muy presente, por mas que cuidadosamente se evitase hablar de él; eran las expediciones de los rockistas. Sin embargo, algunas personas aludieron á ellas. Solo el Lawlor, mas atrevido ó mas imprudente que los demas, se espresó en muy severos términos sobre sus secretas reuniones, de tal modo que la vehemencia misma de su lenguaje podía hacer sospechosa su sinceridad; mas habiendo encontrado en medio de una frase la mirada del caballero, se cortó de pronto y bajó la cabeza y calló.

La alegría se iba por momentos haciendo mas ruidosa y expansiva; la comida tocaba á su fin, y el Jerez y el Oporto soltaban las lenguas de los convidados; mientras que en las mesas inferiores el whisky (2) y el poster (3) calentaban los cascos é inflamaban las pasiones irlandesas. Los gaiteros redoblaban su alboroto, los mendigos y *boccoghs* bailaban en el patio como esclavos emancipados por la embriaguez de las saturnales. Se formó un gran corro delante de las ventanas, y colocaron en medio una pequeña artesa vuelta boca abajo, sobre la cual Bush, despues de saludar á los convidados del interior con toda la gracia posible, empezó á bailar al compás de la gaita, haciendo molinetes sobre su cabeza con su *wattle*, y procurando no salirse de su estrecha plataforma. Sobresalir en este baile, se considera entre los campesinos irlandeses como el *non plus ultra* de la perfeccion; y haciendo justicia al bribon de Bush, tenemos que confesar que desempeñó admirablemente su papel; terminó su baile descargando un terrible golpe con su arma, y saludando por última vez á los espectadores. Por orden del Lawlor llevaron un enorme vaso de ponche al autor de esta proeza; el vagabundo, colocando su garrote bajo el brazo, se acercó á la ventana para manifestar su agradecimiento y recibir el tributo de elogios á que era acreedor.

—¡Salud y alegría á sus señorías, dijo y sobre todo á vos señor Hugh y á vos miss Ellen! ¡que la Virgen Santa os proteja siempre y que vuestra dicha dure tanto como vuestra vida!

Para confirmar sus palabras, Bush levantó la mano y acercaba á sus labios el vaso de ponche cuando fué hecho pedazos entre sus dedos. Una piedra lanzada de entre la multitud, bien sea por casualidad ó con marcada intencion,

(1) *Bush*, palabra inglesa que significa matorral.

(2) *Whisky*. Aguardiente de granos.

(3) *Poster*. Especie de cerveza fuerte.

porque Bush tenía numerosos enemigos, causó todo este accidente. Al aspecto de la sangre que chorreaba de su destrozada mano, el irlandés no escuchó sino el instinto de su naturaleza salvaje; brincó de furor y blandiendo sin destreza su garrote, sin informarse de donde le venía el golpe, lo dejó caer furiosamente sobre la persona que tenía mas cercana. Esta por desgracia no fué otra que Tim Carrol, es decir un sirviente que gozaba de toda la confianza de Davy Nugent y particularmente querido de todos los de su partido. Sus amigos tomaron al momento su demanda y se echaron sobre el agresor, y se armó un tumulto extraordinario. Bush pertenecía á la facción de los harrigs, cien veces se habia distinguido por su desesperada audacia, así varios de sus compañeros que asistían á las bodas del Lawlor, jefe principal de los harrigs, se precipitaron de distintos puntos de las salas al socorro de su campeón arrancando las piedras del patio (porque en esta ocasion habian abandonado sus armas ofensivas) y lanzando su grito de guerra: «por los harrigs» cargaron á los commins desarmados. Llovian las piedras en todas direcciones y rompian las ventanas; fué esta riña tan repentina é inesperada como furiosa; en menos tiempo que el empleado en describirla tomó la lucha terribles proporciones y amenazaba causar las mayores desgracias. Los convidados mas influyentes y los sacerdotes presentes se apresuraron á bajar al patio para interponer su mediación. En tanto los commins, es decir los habitantes de los lugares vecinos y los criados de Davy Nugent se habian rehecho, combatian cuerpo á cuerpo con sus adversarios. Los gritos de «por los commins» «por los harrigs» se confundían con los chillidos de las mugeres y el choque de las piedras contra las paredes. Con peligro de su vida fue que lograron Davy Nugent y los sacerdotes penetrar entre esta multitud furiosa, rogando á los combatientes respetasen la augusta ceremonia que iba á celebrarse; no se limitaron á las súplicas y emplearon otros argumentos de efectos mas sensibles y mas inmediatos, dos grandes látigos de campana vigorosamente manejados por Davy Nugent y el reverendo doctor O'Drizzle contribuyeron muy eficazmente á separar los dos partidos.

A los primeros gritos lanzados por los harrigs, Hugh se levantó convulsivamente pero Ellen Nugent apareció al instante á su lado pálida, desesperada; se acercó á él y le rodeó con sus brazos. En vano fué el repetirla que debia emplear su influjo en calmar la querrela, no pudo soltarse de sus lazos y tuvo que permanecer á su lado y esperar el efecto de los esfuerzos de Davy Nugent.

El caballero tan solo habia permanecido frio espectador de toda esta escena; parecia que una mezquina riña de campesinos no era digna de escitar su interés ni llamar su atencion.

Cuando se restableció la paz se vió que por fortuna el número de heridos era bien corto. La bella prometida del Lawlor le permitió en fin separarse de su lado y reunirse á Davy Nugent. Hugh libre, echó en cara con dureza á Tom Buch, el que gracias al espesor de su cráneo empezaba á volver en sí, el haber motivado por su ciega cólera la sangrienta interrupcion de la alegre fiesta; le mandó marcharse al instante y no volver á parecer por Varna. Lejos de manifestar arrepentimiento Bush murmuró algunas palabras con un tono grosero diciendo que manos ensangrentadas valian tanto como cabezas rotas. ¿Cuál era el sentido oculto

de estas palabras? lo ignoramos; pero el Lawlor se ofendió de ellas estraordinariamente, se arrojó sobre el vagabundo, le arrancó su garrote y empujándolo hácia la puerta lo echó como á un perro. Tom Bush se alejó lleno de rabia el corazon y lanzando sus ojos un brillo siniestro; cuando estuvo á cierta distancia, se volvió, señaló con el dedo al Lawlor una rama de olmo en extremo elevada y moviendo el brazo con aire de amenaza se ocultó entre las espesas sombras de la noche mientras que los sordos ruidos del trueno anunciaban la tempestad.

Este incidente tuvo muy pocos espectadores, entre los que estaba el caballero. Hugh y él se entretuvieron un instante á un lado y se dirigieron hácia la verja hasta una especie de choza. Una vieja se hallaba allí sentada ó mas bien acurrucada, paseando en derredor sus miradas, que brillaban como las de una fiera en las tinieblas. Escuchó con un aire de singular inteligencia las instrucciones del Lawlor, hecho lo cual volvió éste seguido de su compañero al salon del baile.

Las escenas de violencia son demasiado frecuentes entre el pueblo irlandés para causar muchas impresiones; de nuevo se entregaron los convidados á las delicias de la mesa, una multitud de platos reemplazó á los de los primeros servicios, el vino y los licores empezaron tambien á circular. Entretanto se iluminaron los salones y se dispuso el salon para el baile. Hugh apareció entre sus huéspedes algo mas pálido el semblante que anteriormente; pero tranquilo y sonriente; fué á colocarse á la derecha de Ellen y pareció olvidar toda preocupacion y no ocuparse sino en contemplar su prometida. Con una voz sonora propuso un brindis en su honor que fué recibido con espontáneas y prolongadas aclamaciones. Los ancianos refirieron sus mejores tradiciones, los jóvenes hablaron de sus proezas en equitacion y caza, y los mas favorecidos que tenían á su lado alguna belleza que les encantase murmuraban á sus oidos esas palabras que nada dicen, pero que embriagan el corazon de las mugeres.

Entretanto el reverendo padre Mick habia salido hacia un cuarto de hora, su acólito, hombrecillo calvo y cano, apareció en la puerta de la sala, saludó gravemente á Davy Nugent que ocupaba la cabecera de la mesa, haciendo sonrojarse y palidecer alternativamente á Ellen. El Lawlor se levantó y ofreciéndole la mano la arrastró con una dulce violencia. Todos los asistentes tomaron la mano de una señora y siguieron á la dichosa pareja á una pieza que servia de salon, cerrando la comitiva Davy Nugent con aire muy satisfecho. Allí se encontraba el padre Mick de sobrepelliz y blanca estola, tenia delante en una mesa un vaso lleno de agua bendita y su breviario, y su acólito á su lado. De pie, á la derecha de su novia, Hugh se esforzaba en reunirla con dulces palabras en voz baja; tal vez le recordaba las largas pruebas impuestas á su amor, sus relaciones empezadas bajo bien tristes auspicios y coronadas por tan dichoso fin. Ellen sonreía escuchándole. Abrió su breviario el sacerdote y á esta señal el auditorio entero cayó de rodillas, las palabras sacramentales fueron pronunciadas, se hizo una breve oracion, y cuando Ellen se levantó dichosa y trémula, un solemne juramento la habia ligado por toda su vida, era la esposa del Lawlor. Este la atrajo á sus brazos y depositó un beso en sus lábios; segun costumbre todos los señores pagaron igual tributo á sus parejas, rompiendo con nuevos



brios los gaiteros, que por unos instantes habían interrumpido sus tocatas, y dejándose oír los agudos sonidos de los violines. Apoyada en el brazo de su marido, Ellen se dirigió al salón de baile, poniéndose los dos á la cabeza de otras varias parejas bailaron con aplauso general el baile del país, al compás de la canción: *Apresuraos á casaros*, y así quedó inaugurado el reinado del placer por toda la noche. Se hizo una colecta en favor del sacerdote oficiante, pues ningún sueldo señalaba la ley al clero católico de Irlanda; y al pasar el cuadrado bonete destinado á recibir las ofrendas delante del caballero, dejó éste caer una moneda de oro.

Mientras que en Varna todo era luz y alegría, una de esas tempestades del equinoccio, que tantas desgracias causan en las islas del Atlántico, estallaba sobre los campos vecinos; el viento desencadenado, soplabá en las alturas de las colinas con toda la fuerza de un huracán. De tiempo en tiempo se calmaba y parecía alternar con el trueno cuyo prolongado ruido retumbaba en la inmensa bóveda del cielo, la lluvia caía á torrentes y todos los elementos parecían desencadenados. Si en casa de Davy Nugent el ruido de la fiesta, los gritos de alegría y los acordes de la música cubrían el horrísono clamor de la tempestad, los moradores de las cabañas de los alrededores le prestaban espantados atento oído.

En el número de estas familias, en que el sentimiento del peligro desterraba el sueño, se hallaba la del mayor Walker, de una fortuna independiente y que formaba parte de los jueces del condado. Su casa situada á cuatro millas de Varna contrastaba con las demás por su elegancia y por el excelente cultivo de las tierras que la cercaban. Ocupaba una situación muy pintoresca y casi salvaje en el centro del condado de Tipperary, montañas y lagunas la aislaban del resto del distrito. Grande y espaciosa había sido sólidamente construida por el mayor, que solo hacía muy pocos años que había fundado aquel establecimiento; los árboles que había plantado aun no tenían tiempo de haber crecido, y esto le daba cierto aire de tristeza y desnudez.

La pieza principal de la casa ofrecía un cuadro encantador de un pacífico y tranquilo interior. Reunidos cerca de un brillante fuego la familia del mayor Walker, escuchaba con una mezcla de bienestar y de terror la lucha que tenían los elementos fuera. El cuarto ofrecía esa comodidad y ese elegante arreglo que tan raro es de encontrar en la pobre Irlanda. Dos quinqués ardían en una mesa cargada de libros y grabados y se veía abierto uno de ellos, el piano abierto y con un papel de música en el atril se conocía que acababa de ser abandonado como si sus débiles notas hubiesen sido ahogadas por la impotente voz de la tempestad. Otra mesilla tenía los ordinarios aprestos del té. Esta familia se componía del amo de la casa, hombre de aspecto imponente y de unos cincuenta años de edad, de su esposa, algunos años mas jóven que él, de su hija, graciosa niña de diez y siete abriles y de dos hijos que seguían de cerca á su hermana; dos huéspedes Mr. y Mad. Craven, llegados de Dublín, completaban el círculo que se estrechaba gradualmente á medida que la fuerza de la tempestad arreciaba.

—William, preguntó el mayor Walker (1) ¿os habeis ase-

gurado de que las puertas y ventanas están sólidamente atrancadas, hijo mío?

—Sí, padre mío, no hay nada que temer: nuestras puertas y ventanas han resistido á las balas del capitán Rock, y podrán resistir al huracán.

—Así lo espero, pero debemos prevenirnos contra los dos.

—Contra los dos, replicó Mr. Craven, interin las señoras cambiaban una mirada inquieta por esta característica observación. Permitidme que os diga, mayor Walker, que el huracán sería un huésped menos desapiadado.

—También lo creo así. Aunque desde que estoy aquí no he perdonado medio para hacerme popular, por las funciones que ejerzo me encuentro el blanco del odio de muchos. ¿Qué costumbres, mister Craven, qué país este!

—¿Qué importa! repuso Carlos Walker, si el capitán Rosk nos hace una visita, le recibiremos valientemente á balazos. Somos aquí ocho hombres, contando los criados, y tenemos tres trabucos, dos escopetas y cuatro pistolas, una verdadera armería.

—¡Oh! ¡Carlos, Carlos!... ¿Cómo teneis valor para hablar así, caballero? ¡Dios mío, qué tempestad! ¡Qué noche tan horrible para la boda de Ellen Nugent! se dice que la mitad del condado ha sido convidado á ella.

—No hemos tenido una noche semejante, observó William Walker, desde aquella en que el puente de Garry-Vac fué derrumbado, y en la que el postillon Fogarthy se ahogó en el vado de Templeberg.

—Bien empleado le estuvo, repuso Carlos Walker, estaba asociado á todos los bribones del país, y se le sospechaba muchísimo de haber tenido parte en el asesinato del pobre Milo-Byrne.

—¡Un asesinato! dijo mistriss Craven, que toda trémula escuchaba esta conversacion.

—Sí, señora, respondió el mayor, un asesinato atroz, abominable. El desgraciado Byrne, de que se trata, vivía con comodidades á pocas millas de aquí, era mi antiguo vecino y mi amigo, aunque pertenecía á la secta católica. Su familia era generalmente respetada y estimada; en cuanto á él, personalmente se le tenía por todos como una persona completamente inofensiva, como un excelente labrador y un amo indulgente. Era tan grande la popularidad que la bondad de su alma le había adquirido, que (cosa extraordinaria en un país en que siempre tenemos el puñal á la garganta), nunca soñó en atrancar sus puertas y ventanas de noche. Acostumbraba repetir que no habiendo nunca hecho mal á nadie, ni rechazado la súplica del deudor, ni despachado con las manos vacías á ningún pobre; no temía ninguna visita desagradable durante la noche de aquellos que por e día sabían que habían de ser bien recibidos. ¿Cuál fué el resultado de su confianza? Una noche de octubre á las ocho, poco mas ó menos, estaba Byrne sentado al lado de su chimenea, cuando...

—Padre mío, interrumpió miss Walker estremeciéndose, ¿no ois nada?

En este instante una ráfaga furiosa hacía temblar la casa, y llenaba el espacio de silbidos y ruidos fúnebres.

—Blanca, amor mío, no es nada, repuso el mayor, no tengas miedo... Os decía, pues, que Byrne estaba al lado de su chimenea cuando la puerta se abrió, y varios hombres armados y la cara tapada con una gasa negra, invadieron

(1) En la sociedad inglesa solo se tutea á Dios, ó los amantes en sus mas íntimas relaciones.

el cuarto. Ordinariamente el ultrage precede al asesinato, pero aquí los asesinos no emplearon ni injurias ni quejas, saludaron al entrar, y con tono respetuoso suplicaron á Byrne que saliese un instante para hablarle de un asunto reservado. Se levantó y los siguió, quedando de centinela á la puerta dos de estos enmascarados: al cabo de cortos instantes de mortal ansiedad, el joven hijo de Byrne oyó la voz afligida de su padre que pedía hablarle... un tiro sonó entonces, seguido de horroroso silencio. Los dos centinelas se apresuraron á alejarse, y cuando la familia se precipitó fuera de la casa, solo vieron el cadáver sangriento é inanimado de Byrne tendido en medio del patio.

—¿Y cuál era la causa de semejante crimen? preguntó Mr. Craven.

—¿La causa?... era en verdad nueva en los anales del crimen. Los asesinos al dejar la granja, encontraron algunos campesinos, á los que encargaron publicar que no tenían motivo alguno de queja de Milo-Byrne, que respetaban y admiraban su noble carácter; pero que esplotaba las tierras de Will Redmond, el opresor de veinte familias, y que matándole su arrendador mejor le quitaban mas de un diez por ciento de sus rentas, que era la mayor venganza que podían tomar.

—Eso es horrible! dijo mistriss Craven, ¿y fueron cogidos los culpables?

—No señora, pronto hará dos años que tuvo lugar este triste suceso, y aun nada ha podido sospecharse sobre los que le cometieron. Milo-Byrne era viejo, había pedido la mano de Ellen Nugent y este matrimonio estaba á punto de arreglarse. Otras escenas de igual violencia han venido después á distraer la atención pública.

—Pues bien, observó mistriss Walker, yo no puedo menos de creer que los autores de este atentado han de ser mas pronto ó mas tarde descubiertos y la justicia de Dios satisfecha. Si los vivos callan el muerto mismo se levantará de su ataúd para denunciar á los criminales.

Al decir esto un trueno mucho mas fuerte que cuantos le habían precedido se dejó oír; parecia que la casa se derumbaba bajo un alud de montañas. Interin el mayor Walker y sus huéspedes estupefactos esperaban á que tan horroroso ruido cesase, se oyó distintamente un gran golpe en la puerta principal.

Cuantos formaban aquel pequeño círculo se estremecieron, las tres señoras se acercaron instintivamente á sus protectores. Con tanta sangre fria como de ordinario el mayor Walker tocó una campanilla; su hijo mayor acercándose á la puerta del cuarto recordó al criado la costumbre del condado de Tipperary que consistia en no admitir de noche visita alguna.

Pocos instantes despues llamaron segunda vez con creciente violencia sucediéndose los golpes del aldabon con rapidez. Al mismo tiempo se oyó la voz de un criado que parlamentaba con una persona de fuera de la casa que pedía con instancias que le abriesen; á poco entró en la sala el criado.

—Creo, señor, que el diablo en persona llama á la puerta, ¡protéjanos la Santa Cruz de todo mal! De seguro ningún cristiano andaria con semejante tiempo corriendo los campos, por mi parte no me atrevería á asegurar si es un hombre ó un alma en pena; pero sea quien quiera dice que tiene precision de hablaros y que no se irá sin haberos visto.

—¿No le habeis contestado, Bryan, que no recibo á nadie despues de cerrar la noche?

—¿Que si se lo he dicho? si por cierto que se lo he dicho, pero ha sido en vano.—¿Vuestro amo no está en casa? me preguntó.—Como habia de estar fuera con semejante tempestad, le respondí.

—Pues bien, anunciadle que he hecho una larga caminata con objeto de comunicarle un asunto importante, y que si tengo que volverme sin verle que la culpa caiga sobre su cabeza.—Estas son sus mismas palabras.—Entonces, le dije, comunicadme, camarada, vuestro negocio por la cerradura, y os ofrezco desempeñarlo por vos. Esta era una proposición racional, pues á pesar de eso, al oírlo el que está fuera ha pegado tan fuerte aldabonazo que me se figuró recibir el golpe en medio de la cara; está jurando como un endemoniado y me dijo que solo me diría lo que quería cuando no mediase entre los dos una tabla de encina.—Vaya, le grité yo, idos en gracia de Dios y volved mañana, camarada.—No puedo volver mañana, me repuso poniendo sus labios en el ojo de la llave, no puedo volver mañana, Bryan (¿cómo puede saber mi nombre, santos cielos!) sino comunico á vuestro amo mi negocio antes de media noche ya será inútil, id á decírselo.—¿Qué le contesto, señor?

—Dile que nadie en esta tierra abre su puerta á tal hora, bien lo sabe él. Si es algun negocio que concierna á los magistrados, que vaya á Capparne, dos millas mas lejos, que se dirija á la oficina de policía y allí podrá desempeñar su encargo.

—Tiene su señoría razon, seria locura abrir la puerta cuando tal vez sea uno de la partida del capital Rocks ó tal vez el mismo capitan en persona.

El fiel criado bajó á desempeñar su cometido alabando su perspicacia y prevision.

(Se continuará.)

ALEJANDRO GONZALEZ.

PESCA DE LAS PERLAS.—Existen en los mares de las Indias y en otras partes unas especie de ostras en cuyo interior se forman frecuentemente globulillos mas ó menos transparentes conocidos bajo el nombre de perlas. Los que pescan estas conchas descienden bajo del agua por medio de las campanas llamadas de buzo. Pueden permanecer allí mientras la masa de aire contenida en el aparato no se vicia enteramente para la respiración.

LA JUVENTUD.

¡La juventud! ¡Cuántas cosas en esta palabra! Semejante á las fórmulas mágicas de las *Mil y una noches*, parece producir todos los placeres. ¡Mirad como sonríe el cielo, como florecen los campos, cómo el río y los cánticos del valle alegran las praderas! Niño, la vida era todavía un misterio, caminaba vacilante porque sus fuerzas eran incompletas y tenia necesidad de un apoyo; la razon oscura le exigía un guia; pero con la juventud todo ha crecido y se ha ilustrado! Inmensos horizontes se desarrollan en lontananza y cuánta seguridad para alcanzarlos: el sueño no le sobrepuja y va á perderse en el infinito!



En los primeros años sus alegrías se debían á las im-
presiones; ahora las debe á las inspiraciones! Arrojado por
ellas, como sobre un hipógrifo fantástico, atraviesa todas las
regiones de la esperanza ó del capricho. Embriagado por

estos primeros soplos descansa en ellos; desvanecido por la ilusión que le hace ver feliz todo lo que le rodea, camina de encanto en encanto, creyendo oír á los lejos ó dentro de sí mismo himnos y coros á la juventud.

A lo lejos se elevan voces armoniosas, confusas: ¡mas allá las llanuras, mas allá los bosques, mas allá el azul del horizonte! ¡Mas allá, las comarcas donde se realizan los ensueños, el campo de las esperanzas, donde todas las dulces quimeras toman cuerpo!

Mas cerca las voces de lo presente repiten:

—Goza de las horas, gástalas en festines, en los bailes, abandona tu alma á las libres expansiones, hártate de alegría, de movimiento y de sol: arroja al viento las melodías y las risueñas canciones del placer.

Después en el fondo de nuestros corazones, murmuran voces graves:

—¡Prepara tu inteligencia! ¡Todo lo que el hombre ha descubierto, es tu herencia! Salta sucesivamente cada surco abierto por tus ilustres antecesores para estender á tu vez el glorioso dominio de tus sucesores.

Segun estas voces que el hombre distingue bien, el joven elige el camino y el fin le dirá si se ha engañado! ¿Pero por qué suponer el error? ¡Tantos son los senderos que conducen á un mismo objeto! La juventud (y esta es su gracia y su felicidad) conserva algunos rayos de la infancia. No se la pide como á la edad madura la austera rectitud, puede seguir los torcidos senderos del camino, detenerse á contemplar las flores y aprovecharse de las sombras de los bosques, con tal que la estrella del deber permanezca pura y brillante en su cielo y sus ojos la reconozcan siempre y la tomen por guía, como los Magos al marchar hácia Belén. ¿Qué importan los inocentes entretenimientos y las sencillas descripciones? Dejadles su alegría como dejais al cántico de los pájaros en la creación. Llegarán á la puerta de la poderosa arena; permitid que entren al ruido de los clarines, de los aplausos y con brillantes banderolas! Que la lucha humana comience al menos como una fiesta. ¡Demasiado pronto vendrán los dolores, las heridas, la amargura y los sufrimientos de toda clase! Permitid, pues, á la juventud que se embriague con la esperanza para que pueda empezar á amar bastante la vida y soportarla con resignación, tal como Dios lo ha hecho.

PEDRO BELTRAN.

EL PRISIONERO.

EL PRÍNCIPE DON CARLOS DE VIANA.

Canta al son de su cadena
El cautivo su dolor;
Toda su vida se encierra
En sus canciones de amor.

Una de las mañanas del mes de abril, cuando los hermosos rayos del sol comienzan á alegrar la tierra con la vuelta de la primavera, alegraba también el alma de un cautivo doncel, preso en una de las torres de la Aljafería de Zaragoza.

Pasaba éste las largas horas de su prision cantando, y acompañaba su hermosa voz con el armonioso sonido de una cítara.

Aunque ninguna distincion se veía en sus vestidos, lo rico de la tela de estos, las nobles facciones que no habia podido desfigurar el abatimiento de la prision, revelaban que pertenecía á una de las mas altas clases de la sociedad.

En efecto, aquel joven de hermosos ojos y luenga cabellera rubia, parecida á una madeja de hebras de oro, era el hijo del poderoso rey de Aragon, era el verdadero rey de Navarra, el infante don Carlos, príncipe de Viana, hijo del poderoso Juan II, y de la reina doña Blanca, hija y heredera de Carlos III, rey de Navarra.

Aquel joven habia perdido desde muy niño á su madre, y al perderla habia tenido la desgracia de que olvidando su padre á aquella princesa tan hermosa, que era el ídolo de sus pueblos, hubiese contraído segundo matrimonio con una muger altiva, orgullosa, doña Juana, hija del almirante de Castilla.

Creció aquel príncipe lejos del regazo materno, entregado al poder de una madrastra; y aquella madrastra veía en él al señor de la corona de Navarra, no pudiendo habituarse á que su marido fuese solamente un regente ó administrador de su reino. Así es que comenzó contra él una serie de persecuciones que los pueblos no miraron con indiferencia.

Veían en aquel doncel de agraciado talle y gentil rostro, al señor natural que la Providencia les habia deparado: veían que una muger ambiciosa le robaba sus derechos y su poder, y un día se alzaron como un solo hombre todos ellos, y colocaron sobre sus sienes la corona que su madre le habia trasmitido al morir.

La altiva Juana no pudo ver con ojo tranquilo el amor que los pueblos profesaban á aquel joven, y escitó á su marido don Juan II, á quien dominaba completamente, á que castigase lo que ella llamaba la usurpacion de su hijo.

Aquel rey débil y dominado por su muger, salió al campo de batalla, y el mundo vió con asombro que en los campos de Navarra se batian el padre y el hijo. La suerte fué contraria esta vez á la justicia y á la razon; el desgraciado doncel cayó en poder de su padre, y este lo hizo encerrar estrechamente en una torre.

No bastaba á la ambiciosa madrastra que el joven rey estuviese prisionero; era preciso que dejase de existir para ver tranquila á su marido llevar el título de rey de Navarra, y para que este pudiese transmitirse después al hijo que habia tenido en este su segundo matrimonio: quiso que la cabeza del inocente doncel cayese como la de un rebelde. Trataron, pues, de formarle proceso; pero á los acentos de amor y de indignación, que alzó el pueblo en favor de su príncipe vencido, se unió el eco y los ruegos de todos los reyes de la Europa, que no podian menos de reconocer el derecho que asistia al joven príncipe de Viana.

No pudo la indigna madrastra hacer que la cuchilla del padre cayese sobre la cabeza del inocente hijo. Entonces se apeló á una especie de transacción, y este rey aparentó perdonar la rebelion de su hijo, exigiendo de éste la palabra de que mientras viviese no tomaria el título de rey de Navarra.

Salió el cautivo doncel de la estrecha prision en que habia estado por mas de dos años; pero los pueblos le instaron por segunda vez á que poniéndose á su cabeza los li-

bertase del yugo de aquella muger indigna y cruel que los tiranizaba.

La inesperienza del doncel no le dejó calcular los recursos con que contaba el rey su padre. Volvió á salir al campo de batalla, y fué vencido segunda vez, si bien con la suerte de no caer en las manos de sus enemigos. Entonces huyó á Nápoles y se refugió al lado del rey don Alfonso, hermano mayor de su padre. Quiso aquel ser el mediador entre las graves disidencias que se habian suscitado entre el padre y el hijo; quiso ver de concluir con aquel odio recíproco que repugnaba á la naturaleza; empero la muerte cortó el hilo de estas negociaciones. Quedaron, pues, enemistados el padre y el hijo; pero la nobleza de éste fué causa de la reconciliación.

La sucesión de Alfonso debía pasar á su hermano el rey de Aragon. Sicilia, Cerdeña, y otros paises ofrecieron la corona al príncipe don Carlos, cuyo afecto les habia ganado con su gentil apostura y con su noble conducta. El hijo que dos veces habia combatido al padre en el campo de batalla, esta vez á larga distancia de él, y con todos los medios de poder asegurar en sus sienes aquella corona, se contentó con tomar el gobierno de aquellos reinos como encargado y delegado de su padre. Tan noble conducta le valió la reconciliación con su padre, el que le concedió el condado de Barcelona.

Durante sus correrías, efecto de la persecucion que habia sufrido por su madrastra, habia el príncipe don Carlos conocido á la infanta Isabel, hermana de Enrique IV, rey de Castilla. La llama del amor habia prendido en el corazon de aquellos dos jóvenes, y don Carlos habia obtenido el consentimiento de su padre para aquel matrimonio, que tan ventajoso era para ambas coronas; pero la cruel madrastra Juana habia destinado en secreto aquella princesa para su hijo don Fernando, que despues fué el gran rey Católico con cuyo enlace quedaron unidos todos los reinos de España.

Así el odio de la madrastra del príncipe de Viana vino á ser el poderoso móvil de uno de los sucesos mas grandes que ha presenciado el mundo, á saber, la reunion de la monarquía española, compuesta antes de tantos y tan diversos reinos.

Resistió el príncipe Carlos con todas sus fuerzas los proyectos de la reina doña Juana, su madrastra; hablola con tal resolucion y desenfado, que el rey dominado siempre por ella, mandó á su hijo prisionero á Zaragoza.

Encerrado en el castillo de la Aljafería allí pasaba sus dias, maldiciendo su ingrata suerte, que desde la pérdida de su madre le habia hecho experimentar tantas calamidades, y cantando cántigas amorosas al objeto de sus amores, la princesa Isabel. Fiaba en que sus pueblos se levantarían por él, cual lo habian hecho en anteriores ocasiones; y no se equivocaba.

Habrian pasado dos meses de su injusta reclusion, cuando empezaron á agitarse los pueblos y los estados de Navarra y de Barcelona. Por todas partes se levantaron pendones declarando la guerra á Juan II, para libertar á su hijo don Carlos.

Trató el rey de hacer frente á aquellos descontentos que pedían la libertad de su hijo; pero vió que entre las tropas mismas con que marchaba á sujetarlos cundía la idea de que el príncipe padecía inocente, y que era víctima del odio de su cruel madrastra. Vió entonces que su corona se ha-

llaba ya vacilante sobre su cabeza, y en este caso fué cuando cedió y le reconoció por su heredero, concediéndole además su asentimiento para el matrimonio con la infanta Isabel de Castilla.

Escrito estaba en los altos destinos de la Providencia que la union de Castilla y de Aragon no se habia de verificar por este príncipe, sino por el infante don Fernando, que despues sucedió en los reinos de Aragon por la muerte de éste. Así es que poco tiempo despues, cuando la fortuna parecia sonreírle, cuando iban á marchar los embajadores á Castilla á pedir solemnemente la mano de la infanta doña Isabel, de repente murió don Carlos en el año de 1461. Las estrañas vicisitudes porque habia pasado su vida, su muerte casi repentina y cuando se hallaba en la flor de la edad, han hecho que los historiadores todos hayan consignado, sin mas motivo que esta sospecha, que murió envenenado por la reina Juana, su madrastra.

Grande fué el sentimiento de los pueblos por la muerte de este joven príncipe, que habia pasado los pocos años de su vida, ora en las prisiones, ora en los campos de batalla sosteniendo los derechos que desconocia su madrastra, y que su débil padre combatía por las pérdidas sugestionadas de esta.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL MONO DE LA ALDEA.

Poco se necesita para llamar la atencion y poner en movimiento á las tranquilas aldeas de los Alpes. El son de un chillon organillo interrumpe de repente el silencio del lugar, el padre de familias abandona las herramientas en el taller, las mugeres dejan de fregar los platos, ó sueltan la rueca, los chiquillos suspenden sus juegos. Es un mono que acaba de recorrer la Suiza, no para ver, sino para ser visto, y sus gestos y sus saltos y brinco, y el modo de pedir cuartos, tienen con tanta boca abierta á los aldeanos. El padre de familia, aunque en edad en que ya no hay mucha curiosidad, siente, sin embargo, bastante escitada la suya para ocuparse un momento de su grotesco viagero; pero lo que interesa mas que el mono, es el placer mezclado de terror que ve que siente su nietecito. Este niño, con una firmeza rara en su edad, se decide á dar limosna al estraño mendigo. Preciso ha sido para resolverse á tan grande esfuerzo que su padre lo cogiese en brazos, y que acudiese en su ayuda su madre, animándole con sus cariñosas palabras.

Las palabras y las caricias han surtido su efecto; adelanta el niño el brazo, empero vuelve la cabeza, y los ojos no se atreven á ver lo que hace la mano. El mono osadamente trepando por el porton, coge con su velluda pata la ofrenda que le da la linda y blanca manita del niño. No queremos decir que la vieja que mira por encima del hombro del abuelo, hizo sin vacilar lo que vió hacer al nietecito, el dar limosna al mono.

Mientras esto pasa en la galería, vemos enfrente una buena madre que anima y consuela á un chiquillo que agarrado á su falda se tapa la cara. Lloro, grita, tiene miedo,

y nada basta á resolverle á que mire la horrenda fiera; sin embargo, aquel chiquillo sin mas que un palo lleva á los bueyes á beber á la fuente sin el menor cuidado; dejadle crecer, y será mas tarde un héroe del temple de Guillermo Tell, de Melchtal, y de Weiskelviold.

¿Es acaso menos terrible lo desconocido para las niñas?

Ahí hay una que parece muy resuelta. Ella solo basta y sobra para reprimir los ladridos de un perro asustado, y para comunicar ánimo y valor á su hermanita, la que se siente fuerte al verse agarrada con una mano, y enseña valerosamente el héroe de la fiesta con la otra, mientras que su hermano, otra imaginación á quien la raza de los monos es



El mono en la aldea.

sospechosa, porque tal vez le han dicho algo en la escuela de sus travesuras, observa al monstruo africano. Está medio echado sobre el banco, tal vez para estar mas listo á escapar á la menor alarma.

En medio de las risas, de los ladridos, de los llantos, el organillo toca y mas toca alegremente y llama la atención de los muchachos y mozos de la aldea; pero sus ojos no se

han fijado sobre los muñecos que bailan en la caja del melancólico instrumento. Cada cual tiene su gusto. El nuestro sería el vernos al pie de las montañas de donde está tomada esta graciosa escena debida al pincel del famoso pintor Carlos Girardet, y cuyo dibujo presentamos hoy con el mayor gusto á nuestros lectores.

MATIAS DEL RIO.